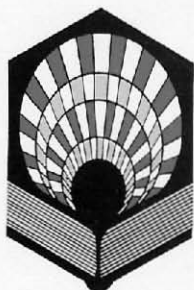


UNIVERSIDAD DE CORDOBA



Acto de investidura
del grado de
Doctor *Honoris Causa*
por la Universidad de Córdoba
de
LORD YEHUDI MENUHIN

BCU
378.4
UCO
108
/LA2

Acta
-MSC
370

Laudatio de Lord Yehudi Menuhin
pronunciada por el Ilmo. Sr.
Prof. Dr. Emilio Cabrera,
padrino del doctorando



LAUDATIO DE LORD YEHUDI MENUHIN

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector,
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades,
Compañeros Claustrales (Profesores, Alumnos y Personal de Administración y Servicios),
Señoras y Señores:

Hace ahora 510 años, el día 15 de abril de 1485, el médico judío Rabí Çad, como paso previo hacia el exilio, vendía su casa en la collación de S. Bartolomé de Córdoba, a dos pasos del lugar donde ahora nos encontramos. Es probable que fuera uno de los últimos, tal vez el último, de los judíos que abandonaron nuestra ciudad tras el decreto de expulsión; porque, en el caso de los judíos andaluces, ese decreto se dió en 1483 y no en 1492, como sucedió en el resto de la Corona de Castilla. En un acto de solidaridad, compró esa casa un acaudalado judeoconverso cordobés, uno de aquellos conversos que luego fueron molestados por la Inquisición. Precisamente en ese año, 1485, el 7 de diciembre, tuvo lugar un auto de fe donde sufrieron condena 20 de ellos. Sucedió al otro lado de la pared de este salón en el que ahora nos encontramos, en la explanada del alcázar, junto a la Torre del León, en el mismo lugar, por cierto, donde 600 años antes se había producido la ejecución pública de los mozárabes cordobeses, de los cristianos de Córdoba, en uno de esos episodios que empañan el espíritu de tolerancia de que habitualmente hizo gala esta ciudad en la época en la que convivían en ella las tres religiones abrahámicas.

Hoy, más de medio milenio después de aquellos excesos cometidos contra la comunidad hebrea, nuestra Universidad recibe en este mismo lugar, con los brazos abiertos y con todos los honores, para conferirle el doctorado *honoris causa*, a quien es desde hace muchos decenios, uno de los judíos más universales del siglo XX: Lord Yehudi Menuhin.

A lo largo de su milenaria y prestigiosa historia rara vez ha tenido Córdoba la oportunidad de recibir a un artista tan merecedor del aplauso y de la admiración como la persona a quien va dirigido este acto académico. Por ello, ruego de antemano a quienes me escuchan que acojan con benevolencia mis humildes palabras que difícilmente podrán estar a la altura del personaje al que pretenden ensalzar.

Mi primer contacto, a distancia, con Menuhin se produjo en torno a 1955, a través de la audición, por radio, de una espectacular versión suya de la *Marcha turca de las ruinas de Atenas*, de Beethoven, en un arreglo para violín y piano hecho por el gran pedagogo Leopold Auer y grabada en París en 1936. El segundo contacto, también a distancia, fue unos años después, con motivo de la adquisición de un disco que contenía una grabación del *Concierto en Re Mayor*, igualmente de Beethoven, con la Orquesta Philharmonia de Londres dirigida por Wilhelm Furtwängler. Me atrevo a citar esta anécdota personal

porque, incluso, en este estrado y en este momento concreto, por encima de las obligaciones protocolarias con las que la Universidad de Córdoba me honra en extremo al encomendarme la responsabilidad de apadrinar a Lord Menuhin, me considero uno de los muchos millones de admiradores de su arte repartidos por todo el mundo, que hemos seguido su carrera como intérprete durante largos años.

Pero, por otra parte, creo que no son ociosas esas dos citas musicales porque ponen de manifiesto dos rasgos de su personalidad como intérprete. En la primera de ellas llamaba la atención la técnica espectacular y arrolladora de aquel Menuhin jovencísimo; la segunda, en la que también estaba presente la misma técnica infalible, era todo un modelo de interpretación musical aplicada al concierto de Beethoven, que revelaba la profundidad de concepto, la honda inspiración de un músico joven, pero ya en toda su plenitud, en un momento en que iba a cumplir 37 años muy pocos días después de hacer esa grabación, que es una grabación histórica y antológica por varios conceptos.

En España no existe la tradición de hacer doctores *honoris causa* a los músicos. Sucede lo contrario que en Alemania, donde es un hecho frecuente y queda reflejado en el caso bien conocido de Brahms, por ejemplo, que recibió esa investidura en la Universidad de Breslau y de la cual derivó su célebre *Obertura académica*. Por ello esta celebración puede ser, al mismo tiempo, un acto en el cual se rinde homenaje a un hombre que ejemplifica, tal vez como nadie, y desde su dedicación a la Música, el espíritu de conciliación y tolerancia entre las culturas (espíritu del cual esta ciudad, con algunas limitaciones, fue pionera, hace más de mil años); pero también para reconocer el valor que la propia música posee como arte universal por excelencia, para acercar a los distintos pueblos y a las diferentes culturas. El propio Menuhin ha expresado con certeras palabras algunas de esas ideas al escribir, textualmente, que

La música es, a la vez, el arte más íntimo y el más universal. Es íntimo porque es reflejo y no símbolo de los estados del alma [...] Por eso es universal, como la ciencia pura, de la cual es la antítesis [...] El artista, tanto si es poeta, pintor, escultor o músico [...] es el único ser del mundo que realiza los sueños de la humanidad, el único que establece un lazo auténtico entre el Universo y el individuo.

No tengo que subrayar que estamos ante un personaje que ha presidido la vida musical de nuestro siglo. Y aunque su vida sea bien conocida, el protocolo de este acto exige que yo esboce su extraordinaria biografía haciendo un repaso relativamente pormenorizado de ella.

* * *

Lord Yehudi Menuhin nació en Nueva York, de padres judíos rusos, el 22 de abril de 1916. El mismo ha observado que los *pogroms*, es decir, las persecuciones antijudaicas, y la propia diáspora, que tantos problemas han causado desde siempre a los judíos fueron, sin embargo, favorables para él, puesto que de ello dependió el que sus padres se

conocieran. Su padre, Moshe Menuhin, procedía de Gomel, en pleno centro del Imperio ruso, mientras su madre, Marutha Sher, era originaria de Yalta, en la Península de Crimea. Emigrados de su patria de origen, donde nunca llegaron a conocerse, se vieron por primera vez en Palestina, se volvieron a encontrar luego en Nueva York y allí contrajeron matrimonio cuyo primer fruto fue, precisamente, nuestro homenajeado.

En 1918, cuando Lord Menuhin contaba dos años, la familia se trasladó a San Francisco y de esa época datan sus primeros recuerdos. Entre ellos, suele él referirse a aquellas ocasiones en las que, contando él tres años, acompañó a sus padres, que no tenían con quien dejarle, a los conciertos de la Sinfónica de San Francisco. Y nos cuenta la fascinación que le producía ver y oír actuar al primer violín de la orquesta, Louis Persinger, un antiguo discípulo de Isayé, el insigne violinista belga. Precisamente de la mano de Persinger iniciará su carrera musical.

El mismo nos ha contado, con gran sentido del humor, sus primeros pasos en el aprendizaje del difícilísimo instrumento y se ha referido, con mucha gracia, a su primer gran logro como violinista: la conquista del *vibrato*, en la cual suele estar, casi siempre, la frontera que separa al violinista principiante del más experimentado, que ha conseguido, por fin, sostener el instrumento sin dificultad y está dispuesto a acometer el estudio de las técnicas más sofisticadas que implica el arte de tocar el violín.

Con siete años, en 1923, tienen lugar sus primeras actuaciones públicas. Ese año interpreta, en un concurso, el *Concierto en mi menor* de Mendelssohn, obra maestra de la literatura violinística de todos los tiempos, y dos años más tarde, acompañado por la Orquesta sinfónica de San Francisco, dirigida por Alfred Hertz, esa obra de gran brillantez para el intérprete que es la *Sinfonía española*, de Lalo.

Su precocidad extraordinaria explica el mecenazgo que sobre él y su familia ejerció un rico abogado neoyorquino, Sidney Ehrman. Con razón ha escrito Lord Menuhin que, fuera de su padre, Mr. Ehrman fue la persona que más mereció su devoción filial, más incluso que sus grandes maestros, Persinger y Enesco, por los cuales, no obstante, ha sentido siempre auténtica veneración. Fue Mr. Ehrman quien financió desinteresadamente los inicios de su carrera internacional incluyendo en ella su primer viaje a Europa, que realizó al finalizar el año 1926.

Fue entonces cuando coincidió en París con el gran violinista y compositor rumano George Enesco, al cual había escuchado en San Francisco unos años antes y a quien desde entonces deseaba conocer ardientemente. Con gran decisión Menuhin abordó a Enesco a la salida de un concierto y le pidió insistentemente que le escuchara tocar el violín y que le permitiera estudiar con él. El propio Enesco nos ha descrito la escena.

Todavía puedo ver—dice Enesco—*al niño pequeño de ojos azules, muy azules, plantado delante de mí, diciéndome con una voz flautada e irresistible: «I want to see you. I want to see you». Ante tanta obstinación—prosigue su relato Enesco—convoco a Yehudi para el día siguiente. El niño viene con su padre, le oigo durante el entreacto de un ensayo de mi Octavo... Yehudi toca para mí la Sinfonía española de Lalo. Yo me vuelvo hacia su padre y le digo: «Pero, ¿qué diablos quiere Vd. que yo le enseñe?»*

Enesco tenía que emprender un viaje al día siguiente y sus lecciones tardarían algún tiempo en comenzar. Pero de esa forma se inició uno de los más extraordinarios ejemplos de educación musical que hayan tenido lugar a lo largo de nuestro siglo. Respecto de él, Menuhin ha escrito algunas de las palabras más hermosas que un discípulo puede dirigir a su maestro, a su «maestro adorado», como le llama en una ocasión. Cito textualmente:

Enesco no era solamente un profesor... Fue para mí el brazo de la Providencia, la inspiración que me elevó de la tierra...

Pero el maestro tampoco escatimaba elogios a su discípulo.

Con diez años —dice Enesco— [Yehudi] tocaba el Poema de Chausson como si tuviera treinta, pero no sólo con una técnica más que notable, sino como un poeta, con una pasión que le colocaba al borde del tránsito.

Ese mismo año tuvo lugar la primera actuación de Menuhin en París, en los famosos *Conciertos Lamoureux*, bajo la dirección de Paul Paray, los cuales fueron todo un éxito. El concierto se celebró en los días que mediaron entre su primera entrevista con Enesco y la vuelta de este último del viaje que proyectaba hacer cuando esa entrevista se produjo, con lo cual Menuhin se encontró con la circunstancia de haber adquirido ya un público antes incluso de haber tomado la primera lección. El éxito obtenido es arrollador. Y un éxito semejante en París significa su consagración como solista y es, al mismo tiempo, anuncio de nuevos conciertos por todo el mundo. Ese mismo año, después de recibir una primera serie de lecciones de Enesco en Rumanía, en Sinaia, en concreto, junto a los Cárpatos, Menuhin marchó a Nueva York donde ofreció el concierto de Beethoven en el Carnegie Hall dirigido por Fritz Busch. Y todo eso era capaz de hacerlo un niño de 11 años, que todavía no tenía fuerza suficiente para manejar las clavijas de su propio violín, el cual tuvo que ser afinado en esa ocasión por Mischakov, el primer violín de la orquesta.

En 1928 se producen dos acontecimientos importantes en su carrera. Por una parte, ese año hace su primera grabación en disco, por cierto, a través del procedimiento eléctrico, que había sustituido al antiguo registro acústico tres años antes. Junto al *Allegro* de Pjococo y a la *Capricciosa* de Franz Ries, ese disco recogía, entre otras, una pieza breve del violinista español Jesús de Monasterio. Se titulaba *Sierra Morena*. Quizá sea oportuno recordar que los comienzos de la carrera de Menuhin están, como es evidente, muy ligados a España, al menos por lo que se refiere a su repertorio. Jesús de Monasterio fue un violinista contemporáneo de Sarasate y fue precisamente a Sarasate a quien dedicó Lalo su *Sinfonía española*, que tanto juego dio a Menuhin en los comienzos de su carrera como intérprete.

El año siguiente, 1929, significa, a todos los efectos, la consagración mundial de Yehudi Menuhin. En enero de ese año interpretó el concierto de Chaikovsky en el Carnegie Hall de Nueva York. Entre los asistentes estaba el magnate Henry Goldman el cual quedó tan impresionado, que decidió financiar generosamente la compra de un

violín de marca para el joven intérprete. El resultado fue la adquisición, en el otoño de ese mismo año, de un soberbio *Stradivarius* llamado *Príncipe de Khevenhüller*, un violín construido en Cremona por Antonio Stradivari, en 1733, por el cual su dueño ha sentido siempre un cariño especial.

Unos meses antes había tenido lugar una apoteósica actuación en Berlín. Fue acompañado por la Filarmónica, dirigida por Bruno Walter. Dio tres conciertos en los que interpretó el *Concierto en Mi mayor*, de Bach, el de Beethoven y el de Brahms. Tuvieron una resonancia extraordinaria porque Alemania era, de todos los países del mundo, aquel que poseía una mayor tradición musical y donde un solista podía conseguir prestigio más rápida y eficazmente. Hay una circunstancia referente a esos conciertos que merece la pena mencionar. Entre los asistentes hubo uno especialmente ilustre, Albert Einstein, que fue a abrazar al violinista para decirle una frase que todos los admiradores de Menuhin conocen:

Ahora —dijo Einstein— sé que hay un Dios en el cielo.

El año 1929 es también el de su «primer desembarco en Inglaterra», como él suele llamarlo. Unos años más tarde, en 1932, grabará allí el concierto para violín y orquesta de Elgar, bajo la dirección del propio autor. Estamos, pues, ante un jovencísimo violinista que se codea habitualmente con los compositores más prestigiosos del momento y que colabora con los más grandes directores de orquesta. He citado antes a Bruno Walter. Lo mismo puede decirse de Toscanini, que le dirige en Nueva York, en 1934. O en Ginebra, dos años antes, donde el gran director Ernest Ansermet escribió, en el *Journal de Genève* del 2 de noviembre de 1932 las siguientes palabras:

Yehudi Menuhin no es un niño prodigio... Ante él no se experimenta ese sentimiento de malestar y de incomodidad que se tiene ante el verdadero niño prodigio; se experimenta, por el contrario, un alivio, un bienestar, una sensación reconfortante y, sin duda, una cierta elevación de ver a la criatura humana en su regocijo perfecto. Y entonces se olvida que es un niño [...] Menuhin me hace pensar en Mozart [porque] nos transmite una presencia como debía de ser la de Mozart.

Resultaría imposible seguir, año a año, la carrera de Menuhin como violinista. Sería necesario disponer de mucho más tiempo de lo que la prudencia permite en un acto como el presente. Por ello me limitaré a mencionar algunos de los hitos esenciales de ella con un criterio no tanto cronológico como temático.

Deseo subrayar, no obstante, que, en 1936, se impuso a sí mismo un año sabático. Se retiró a California y allí pasó la difícil transición del niño prodigio al artista adulto. Cuando terminó esa etapa de descanso, corrían ya malos tiempos en Europa. Se había desatado la persecución de sus correligionarios en Alemania, lo que llevó a muchos de sus colegas a la emigración; había estallado la guerra en España, y la teoría del *espacio vital*, con la inminente reclamación de los Sudetes por parte de Hitler anunciaba la proximidad de la Segunda Guerra Mundial.

A finales de 1941, cuando los Estados Unidos entraron en el conflicto, Menuhin, a quien su condición de hombre ya casado y con hijos le eximía de participar, de momento, en la contienda, dio más de 500 recitales para las tropas aliadas y en las organizaciones de socorro tanto en América como en Europa y también en el área del Pacífico. Tarea difícil, porque tiene que convencer con su arte a un público que no es el habitual en sus conciertos y porque, en muchas ocasiones, su actuación se produce frente a un grupo de *marines* próximos a entrar en combate y, por tanto, en una atmósfera de pesimismo difícil de neutralizar. Incluso es una empresa arriesgada pues en algunos de esos viajes, sobre todo en avión, puso en peligro su vida. Pero también comparte la alegría de la victoria o de la liberación, como ocurrió en Amberes, en septiembre de 1944, tras su reciente ocupación por los aliados, en un ambiente de gran exaltación y euforia. Y lo mismo en París, recién liberada. Allí llegó Menuhin en un *jeep* procedente de Bélgica y en ella se improvisó un concierto en la Ópera, que había estado cerrada durante meses, un concierto de resultados apoteósicos en el que se oyó tocar la Marsellesa por vez primera desde 1940.

El fin del conflicto permitió la prosecución de su carrera de acuerdo con unos planteamientos más normales. Pero todo ello sucedía ya en un mundo muy diferente; en un mundo en el que tanto el pasado como el futuro inmediatos habían erigido o iban a erigir grandes barreras entre los países, derivadas tanto de la reciente rivalidad en la contienda, como también de la llamada *Guerra fría*. Y un intérprete de las características de Menuhin no podía por menos de quedar afectado por todo ello. Incluso tuvo sus repercusiones en el plano profesional pues, con gran sentido crítico, puso en tela de juicio algunos de los planteamientos básicos de su técnica violinística y comenzó un periodo de reflexión que le llevó a depurar sus concepciones interpretativas.

De todas formas, en esa época y desde hacía mucho tiempo su prestigio internacional estaba más que consolidado y su estilo, su inconfundible estilo, constituía precisamente el fundamento de ese prestigio extraordinario. Quienes me escuchan saben que es imposible describir adecuadamente con palabras los rasgos del estilo de un intérprete como Yehudi Menuhin. Sobre todo porque, a diferencia de otros violinistas, a menudo obsesionados con la perfección técnica hasta en sus menores detalles, Menuhin ha confiado más en la inspiración del momento, en una cierta intuición a través de la cual captar lo verdaderamente importante de las obras que interpretaba.

Yo seguía la ruta de la inspiración —escribe— sobre la cual me guiaban maestros inspirados; no se trataba de poseer escalas y arpeggios, sino de reconocer lo excelso y de ser capaz de responder a ello.

Lo que asombra de su juego violinístico es su capacidad de vivir intensamente la partitura que interpreta. Algunos de sus rasgos como intérprete son fácilmente reconocibles al escucharle en un concierto o a través de una grabación suya. Por ejemplo, su sonido puro y cristalino lleno de una «ternura desgarradora», y que Bernard Gavoty calificó magistralmente como «sonido arcángelico»; su elegancia y su buen gusto, tanto en el

fraseo, como, incluso, en los propios gestos, todo lo cual hace honor a su exquisito carácter y a su extensa cultura, en la que fue primorosamente educado desde su niñez por unos padres conscientes de la importancia que la buena preparación intelectual y cultural tiene en la vida de un artista. Incluso son fácilmente reconocibles ciertos rasgos particulares de su estilo como, por ejemplo, esa peculiar forma de practicar el *portamento*, en general, y, a veces, en concreto, el *portamento* descendente, creando una especie de desmayo de la voz del violín, que es algo así como una de sus tarjetas de visita como intérprete.

Todo ello le ha permitido cultivar un repertorio amplísimo, que va desde el barroco a la música de vanguardia, haciendo incursiones también en la música de jazz —ahí están sus grabaciones, que tanto éxito tuvieron, con Stephan Grappelli—, sin olvidar la música oriental, sobre todo de la India, país por el que siente verdadera fascinación desde que lo visitó, por primera vez, en 1952, y que le ha llevado a hacer grabaciones de música hindú con el gran compositor Ravi Shankar.

En el repertorio clásico, Menuhin ha interpretado innumerables veces algunas de las obras más sobresalientes de la literatura violinística de todos los tiempos. Imposible hacer un repaso de su carrera como intérprete en ese sentido. Señalaré, no obstante, algunos de los ejemplos más importantes y significativos. Así, sus versiones de los conciertos de Bach son, muchas veces, puntos de referencia, al igual que los de Mozart. Tal vez ningún violinista de nuestro tiempo ha reflexionado más que Menuhin sobre el concierto de Beethoven; y sus versiones del mismo, con Furtwängler y con Klemperer, por ejemplo, son difícilmente superables. Lo mismo sucede en el caso del concierto de Brahms, o en el de Mendelssohn. En la música de cámara, todos hemos escuchado algunas de las interpretaciones que hizo con su hermana, la pianista Hephzibah Menuhin, a quien él ha llamado «su alma siamesa» que revelan una perfecta compenetración tanto desde el punto de vista humano como musical. Y su edición de las sonatas para violín y piano de Beethoven, con Wilhelm Kempff, fue el resultado de la colaboración de dos artistas con una concepción interpretativa muy semejante y cuyo perfecto entendimiento dio lugar a unos resultados excelentes. Lo mismo puede decirse de las grandes obras para violín solo. De las de Béla Bartók y Ernest Bloch Menuhin fue, como es sabido, el violinista dedicatario. Por su parte, las de Bach han sido llevadas varias veces al disco, incluso en plena juventud. En concreto, la *Chacona* de la *Partita en Re Menor* ha desempeñado un papel importante en su vida como intérprete. Respecto de ella ha escrito lo siguiente:

Siempre sentí una especial predilección por la Chacona, tal vez la obra más grande, larga y hermosa para solo de violín [...] De niño, siempre tuve la idea de interpretarla bien. Me provocaba una sensación muy particular que me recorría la columna vertebral al llegar al largo calderón sobre la cuerda al aire hacia el final de la pieza. Si no experimentaba esa sensación creía no haber tocado bien. Era para mí una vivencia muy especial.



A lo largo de su carrera la ha interpretado en infinidad de ocasiones y los cordobeses tenemos la suerte de haber asistido a una de ellas, ahora va a hacer seis años. Ninguna es, tal vez, más digna de recordar, para Yehudi Menuhin, que aquella en que la tocó en Rumanía, en *Villa Luminisch*, la villa de Enesco, en plena tormenta, el día que recibió la última lección de su venerado maestro, cuando las fuerzas de la naturaleza acompañaron con su estruendo las armonías implícitas de esa soberbia partitura de Juan Sebastián Bach.

Pero aparte de esas piezas archiconocidas de la literatura violinística, el propio Menuhin ha tenido un protagonismo indiscutible en la recuperación de algunas obras del repertorio clásico casi totalmente ignoradas hasta entonces. Así sucedió con el *Concierto para violín y orquesta*, obra póstuma de Schumann, exhumado por él, y que interpretó por primera vez en la Carnegie Hall de Nueva York en 1937; o con el *Concierto en re menor* de Mendelssohn, una obra de juventud, cuyo manuscrito, perdido durante más de cien años, llegó a las manos de Menuhin en 1951 y él lo llevó al disco al menos en una ocasión, con la Sinfónica de Londres dirigida por Rafael Frübeck de Burgos (1973).

Más importante aún que su participación en el estreno mundial de una determinada obra es haber sido el dedicatario de algunas de las más celebradas partituras escritas para el violín durante el siglo XX, entre las cuales destacan la *Sonata para violín solo* de Béla Bartók (1944), que fue la última obra terminada de su autor; las dos *Suites para violín solo* de Ernest Bloch (1958); el *Dúo para dos violines* de Darius Milhaud, que el músico francés compuso en la propia casa de Menuhin, en California; la *Sonata para violín y piano* de William Walton (1950); el *Político*, de Frank Martin; el *Concierto para violín y cuerdas* de Lennox Berkeley; el *Concierto para violín y orquesta de cámara*, de Andrzej Panufnik; la *Nostalghia*, de Toru Takemitsu, y otras muchas obras que, para no cansar al auditorio, no citaré, debidas a Hohvaness, Goehr, Antal Dorati, Cooke, Blackwood, Roxburgh, Somers, Malcom Williamson, Davies, Maw, Partos, Knussen, Ben-Haim, Finney, Stanley Weiner y algún otro que probablemente habré olvidado.

En ocasiones ha contribuido a introducir en Occidente algunas de las más famosas obras para violín de los músicos soviéticos. Tal sucedió, por ejemplo, con el *Concierto en La Menor* de Shostakóvich, que Menuhin interpretó en Occidente al mismo tiempo que su eminente colega el ucraniano David Oistraj, que fue el violinista dedicatario de la obra. Lo mismo sucederá con la *Sonata para violín y piano* de Prokófiev. Pero Menuhin, previamente, había proporcionado a su colega soviético ciertas partituras que, como las de los conciertos de Elgar y de Béla Bartók, apenas eran asequibles entonces para los intérpretes rusos.

Todo ello muestra el talante abierto y generoso de Yehudi Menuhin, que ha mantenido desde siempre una excelente relación con sus colegas, respecto de los cuales sus juicios son siempre respetuosos y encomiásticos. Lo han sido en relación con sus antecesores en el arte del violín, como Fritz Kreisler, por quien sintió una gran admiración, tanto en el plano profesional como en el personal o humano; o Jascha Heifetz, cuya perfección técnica admiró y ensalzó, aunque, pese a su diferencia de edades, fue tal vez su competidor más directo; o Joseph Szigeti, también de mucha más edad que él, con quien le unió no sólo una gran amistad sino también el gusto por la cultura; o el mismo David Oistraj, a

quien conoció en 1945, fecha desde la cual mantuvo con él lazos entrañables que le llevaron, con gran desinterés por su parte, a procurar a su colega soviético una gira de conciertos con los que pudo mostrar su arte en Occidente en una época en la que, con motivo de la *Guerra Fría*, la salida de su país de los artistas rusos conocía toda clase de cortapisas. También el célebre violonchelista Mstislav Rostropóvich tuvo en Menuhin un gran aliado cuando este último ejerció la Presidencia del *Consejo Internacional de la Música*, de la UNESCO. Y a su decidida intervención se debieron algunas de sus giras en Occidente, sobre todo la de 1974.

Pero el ejemplo que mejor define el talante de Lord Menuhin a ese respecto es el que se refiere, años atrás, a sus relaciones con la Alemania recién derrotada en la segunda Guerra Mundial y con el gran director de orquesta alemán Wilhelm Furtwängler. Menuhin fue, tal vez, el primero de los grandes violinistas del momento que actuó en Alemania, en julio de 1945, aún a costa de la reacción desfavorable que ello produjo entre algunos de sus correligionarios. Y todos los fervientes aficionados a la Música conocemos el apoyo moral que dio, en los años de la postguerra, al director de la Filarmónica de Berlín Wilhelm Furtwängler, uno de los más grandes directores del siglo XX, que fue acusado de manera primaria e injusta de haber colaborado con el régimen nazi simplemente porque no quiso abandonar su país natal durante la era hitleriana. Menuhin le defendió con gran ardor y tuvo que soportar injustas críticas por ello. Trató, incluso, de desagaviar públicamente a Furtwängler propiciando la interpretación y grabación del *Doble concierto para violín, violonchelo y orquesta* de Brahms, bajo la dirección del propio Furtwängler y contando con la colaboración de Pablo Casals, cuyas claras connotaciones antifascistas podrían haber tenido un gran valor exculpatorio. Pero Casals, que en principio estuvo dispuesto a ello, renunció después al proyecto. Menuhin, en cambio, inició entonces una estrecha colaboración con el gran director germano, fruto de la cual quedan algunas grabaciones que siguen siendo, por varios motivos, punto de referencia obligada en la Historia de la Música durante el siglo XX: la del *Concierto para violín y orquesta*, de Beethoven, y también el de Bartók, con la orquesta Philharmonia, de Londres; la del *Concierto* de Brahms, con la orquesta del Festival de Lucerna, y la del *Concierto* del judeoalemán Félix Mendelssohn, grabada con la Orquesta Filarmónica de Berlín. En ellos quedó patente la penetración de dos grandes artistas plasmada en aquellos años en los que la reconciliación entre los naturales de las potencias beligerantes sólo era practicada sin ambages por los espíritus verdaderamente selectos.

Los años transcurridos desde entonces han sido, sin duda, los más fecundos en la carrera de Yehudi Menuhin y no es necesario que yo haga alusión a ellos de forma pormenorizada. Su propio apellido no sólo es que rima con el nombre del instrumento al que ha dedicado su vida; es que suscita, de inmediato, la imagen de ese instrumento, y viceversa. Con motivo de su 75 cumpleaños, la casa comercial que ha editado sus discos lanzó un álbum titulado: *Yehudi Menuhin, el violín del siglo*. Aunque sé que, desde la modestia y la sencillez que desde siempre le han caracterizado, tendrá por exagerado semejante título, tal denominación, aparte de su valor como *slogan* publicitario, responde sustancialmente a la realidad.



No obstante estoy seguro de una cosa. Cuando en 1979 anunció por primera vez, en el Festival de Gstaad, el deseo de poner fin a su carrera como concertista de violín, al hacer balance retrospectivo de ella, tuvo que experimentar, en toda su plenitud, la misma sensación positiva, el mismo escalofrío reconfortante que sentía cada vez que, llegando al calderón final de la *Chacona* de Bach, era consciente de haber actuado de forma impecable.

De todas maneras, la vida musical de Menuhin sin dejar del todo su actividad como solista, había iniciado ya desde hacía tiempo otras orientaciones compatibles con su gran experiencia como músico. Una de ellas era la de la enseñanza. Desde hace muchos años ha hecho notar que el ambiente musical de nuestra época no favorece a los instrumentos de cuerda. Y de esa preocupación nació su escuela de Stock d'Abernon, en Surrey, fundada en 1963, en la que estudian jóvenes intérpretes del violín, la viola, el violonchelo y el piano. Más tarde, en 1977, fundará la *International Music Academy for young Graduate String Players* en la ciudad suiza de Gstaad.

Otra orientación musical promovida por él ha sido la organización del Festival de Música, en la citada ciudad Suiza, que este año ha celebrado su XXXIX aniversario. Ha dirigido también los festivales de Bath y de Windsor, en el Reino Unido.

Pero, sin ninguna duda, su principal actividad es, en este momento, la dirección de orquesta. El mismo nos ha contado cómo tuvo lugar, en torno al año 1944, su primera experiencia. Fue el gran director Antal Dorati quien le dio esa oportunidad y quien le reconoció aptitudes para ello. Y nos ha descrito, con gran modestia y con fino humor, el asombro que le produjo ser él mismo el causante de la explosión sonora que produjo la orquesta de Dallas cuando dio la orden a los músicos para que iniciaran los primeros compases de la obertura de *Los maestros cantores de Nuremberg*.

Será, no obstante, muchos años más tarde cuando Menuhin emprenda con toda decisión su carrera como director. Es toda una experiencia que él ha descrito con una imagen muy plástica y llena de fino humor:

Para un violinista que ha pasado su vida calculando los desplazamientos milimétricos [de sus dedos] sobre el diapasón resulta especialmente liberador poder lanzar los brazos, en todas direcciones e incluso saltar, si eso le parece útil a la comunicación... Además, cuando los estragos de la vejez hacen muy azaroso el esfuerzo de mantener el mecanismo instrumental, la dirección de orquesta ofrece el ventajoso consuelo de recompensar nuestros servicios pasados gratificándonos con una promoción en la jerarquía de los trabajadores manuales y proporcionándonos la armonía de las orquestas para tocar sirviéndose de ella.

Menuhin confiesa haber llegado al podium un poco tarde. Pero la verdad es que eso no le ha impedido desarrollar una extraordinaria labor. Es presidente y director asociado de la Royal Philharmonic Orchestra y de la Orquesta Hallé, en Inglaterra; principal director invitado de la *Orquesta de Cuerdas inglesa*; principal director invitado de la Sinfónica de Varsovia; presidente y principal director de la *Filarmonía Hungarica*; y todos los años

dirige la *Filarmonía de Berlín* en una serie de conciertos. Y en cuanto a sus logros concretos como director, se le reconoce la excelencia de sus versiones de la música de Mozart. Son especialmente sobrecogedoras sus grabaciones con la Orquesta de Cámara inglesa, por ejemplo, en algunas de las obras de Vaughan Williams. Y lo mismo cabe decir de sus versiones de la música de Nielsen y, particularmente, de la de Elgar, que es una de sus grandes especialidades.

Hace unos días, el miércoles 29 de noviembre, actuó en Madrid en un concierto al que asistió Su Majestad la Reina. Todas las reseñas que he leído en la prensa sobre ese concierto se refieren al estilo del director que, con su gran musicalidad, resaltó los extraordinarios valores de la obra interpretada, que fue la *Misa en sí menor* de Bach. Pero, al margen de sus méritos musicales, yo desearía subrayar, respecto de ese concierto, una idea diferente: la del maravilloso poder conciliador e integrador de la Música, que permite no sólo un goce estético, sino también una especial elevación espiritual — si se siente y se vive en su autenticidad y en su dimensión ecuménica el hecho religioso — cuando se escucha la misa católica de un ferviente protestante como fue Juan Sebastián Bach dirigida por un judío como Yehudi Menuhin.

Ello me lleva a glosar, aunque muy brevemente, pues he de terminar ya esta *laudatio*, una de las características más acusadas de la personalidad de nuestro doctorando: su actitud abierta y generosa y la dimensión integradora y universal de un personaje que, como él, es, por encima de todo, ciudadano del mundo. El, que tiene la ciudadanía norteamericana por su nacimiento, pero también la inglesa y la suiza; que confiesa sentir algo especial cuando está en Israel; que se cree también un poco ruso, por el origen de sus padres; que experimenta, al mismo tiempo, una pasión extraordinaria por la India y por su civilización milenaria, algunos de cuyos rasgos más representativos ha incorporado a su disciplina física y mental; que ha recorrido, en fin, en todas direcciones, el mundo entero en el ejercicio de su profesión, posee, como es lógico, una visión muy particular de las cosas que le permite defender ciertas ideas, como lo ha hecho en la práctica a lo largo de su vida. Y así, ha sido muy sincero y decidido en su apoyo al entendimiento entre los hombres y a las causas humanitarias. Por ejemplo, en el caso de los palestinos, criticando las posturas radicales de algunos de sus correligionarios de Israel. También ha denunciado, hace muchos años, y no sólo a través de sus escritos o en sus conferencias, sino con acciones prácticas, que denotan una gran valentía, la discriminación racial en Suráfrica. Y es bien conocido el destino benéfico que ha dado tanto a sus conciertos en la India como a sus grabaciones con Ravi Shankar.

Nadie es más merecedor que él del reconocimiento público y solemne de esos extraordinarios valores en una ciudad como Córdoba cuyos habitantes proclamaron y llevaron a la práctica — con las limitaciones de toda obra humana — los mismos ideales de convivencia hace ya más de mil años. Por todo ello ha sido propuesto para recibir el doctorado *honoris causa* por nuestra Universidad. Tal distinción le ha sido conferida ya por 27 universidades, entre ellas las de Oxford, Cambridge, St. Andrews y La Sorbona. Es también hijo adoptivo de Edimburgo, Bath, Reims y Varsovia y ha recibido la medalla de oro de ciudades como París, Nueva York y Jerusalén. Ostenta, además, la Cruz de

Lorena, la Orden del Mérito de la Gran Bretaña y es Par del Reino. Es miembro de la Orden de Leopoldo y de la Orden de la Corona, de Bélgica; Oficial Mayor de la Legión de Honor, en Francia; pertenece a la Orden del Mérito de Alemania y es Premio Nehru por la Paz; y todo ello entre otras muchas distinciones de diferente entidad que no enumeraré. Ha sido el primer occidental en ser nombrado Profesor honorario del Conservatorio de Pekín en reconocimiento a sus conciertos en China y por la ayuda prestada para que jóvenes violinistas chinos continuaran sus estudios en Occidente.

Fue elegido por unanimidad Presidente del Consejo Internacional de la Música, de la UNESCO, cargo que ejerció entre 1969 y 1975. Hace unos años, en 1992, esa misma organización internacional le concedió el título de *Embajador de Buena Voluntad*. No deja de ser un hecho casual, pero también simbólico, el que, en la lista de doctores *honoris causa* por nuestra Universidad, aparezcan unidos desde ahora los nombres de Lord Yehudi Menuhin y del Profesor D. Federico Mayor Zaragoza, Presidente de la UNESCO, que le ha precedido inmediatamente en la obtención del doctorado honorífico.

No quisiera terminar esta intervención sin reseñar, de forma breve, otros logros de su actividad intelectual, como por ejemplo, sus libros, que recogen los aspectos esenciales de su experiencia como músico y en los cuales queda bien reflejada también su dimensión de humanista. Son muy conocidas sus obras teóricas sobre enseñanza musical, entre las cuales destacan las *Menuhin Music Guides; The Music of Man*, título dado también a una serie televisiva de mucho éxito; *Six Lessons with Yehudi Menuhin*, que contiene ejercicios prácticos para la mejor compenetración con el violín y su técnica; *Violin and Viola* (con la colaboración de William Primrose). A ellas hay que añadir aquellas otras a través de las cuales se pone de manifiesto su pensamiento sobre múltiples temas no siempre relacionados con el mundo de la música. Ese es el caso de libros como: *Conversations with Menuhin, Theme and Variations, Sir Edward Elgar, my Musical Grandfather, Life Class, L'Art, espoir pour l'Humanité* y *Lecciones de vida*, el único de ellos que a mí me consta haya sido traducido a nuestra lengua. Todo ello sin olvidar su obra *Unfinished Journey*, uno de los libros de memorias más extraordinarios que puede leer no sólo un aficionado a la música, sino, simplemente, alguien interesado por el género autobiográfico.

* * *

Lord Yehudi Menuhin: no me consta que Vd. sea un judío de origen sefardí, descendiente de aquellos que, al final del siglo XV, abandonaron España, con lágrimas en los ojos, llevándose al exilio, como un tesoro de gran valor sentimental, la llave de la casa que aquí habfan habitado. No es imposible, sin embargo, que entre sus antepasados haya habido algún sefardí. De todas formas, a Vd. nunca le hará falta esa llave, porque en Córdoba está Vd. en su casa y siempre encontrará abiertas las puertas de ella.